

que lo pusiera en contacto con un funcionario menor húngaro que participaba en el evento. Los tres nos reunimos al anochecer en torno a una mesa de café. De una manera un tanto brusca, Koestler le preguntó si tendría posibilidad de volver a Budapest y pisar una vez más su tierra natal. Tras pensárselo un poco, el húngaro dijo que ese regreso sería un verdadero triunfo para Koestler y que el régimen le dispensaría una discreta bienvenida. Pero también dijo que el nombre de Koestler ocupaba uno de los primeros puestos de una lista muy corta (incluía también el de Silone), formada por aquellos a quienes la Unión Soviética aborrecía de tal modo que tal vez los persiguiera hasta en Budapest. Su seguridad no podía estar absolutamente garantizada. El KGB tenía su manera de cruzar las fronteras. Cuando Koestler y yo volvíamos andando hacia su casa, bajo un tumulto de estrellas y en medio del claro aire de la montaña, le dije que estar en aquella lista me parecía una distinción mayor que recibir el Nobel o pertenecer a la Royal Society. Se detuvo, me echó una típica mirada de través y no dijo nada. Pero me pareció que estaba, por un momento, en paz.

11 de junio de 1984

Las lenguas humanas¹⁷ (1969)

Para el público en general, el profesor Noam Chomsky, del MIT, es uno de los más elocuentes e incansables críticos de la guerra de Vietnam y del papel del complejo militar industrial en la vida americana. Ha participado en marchas al Pentágono; ha apoyado las tácticas más extremas del pacifismo y la disidencia consciente; se ha esforzado por sacar a su propia comunidad académica americana de lo que juzga son sus corrosivos enredos con la tecnología militar y la expansión imperialista; ha corrido drásticos riesgos profesionales por sus creencias y sus previsiones de la catástrofe. Su voz fue una de las primeras que pusieron en la picota lo que considera como la injusticia y la estupidez de la operación de Vietnam, y ha sido una de las que más han influido para modificar el talante de los americanos instruidos y para provocar la actual campaña en favor de la retirada.

Hay un segundo Noam Chomsky. Para los epistemólogos, para los psicólogos conductistas, para los teóricos del desarrollo infantil y de la educación, para los lingüistas, Chomsky es uno de los investigadores actuales más interesantes de sus respectivos campos y una fuente de acalorado debate. Sus contri-

¹⁷ Existe versión anterior («El lenguaje humano») incluida en *Extraterritorial*, trad. de Edgardo Russo, Siruela, Madrid 2002.

buciones al estudio del lenguaje y el proceso mental son altamente técnicos y de considerable dificultad intelectual. Pero como la antropología de Claude Lévi-Strauss, con la cual muestra afinidades, la gramática generativa y transformacional de Chomsky es una de esas conjeturas especializadas que, ya sólo por su fascinación intelectual y por su abanico de implicaciones, llegan al mundo de los legos. El propio Chomsky, además, expone con soltura y publicita de buen grado su obra técnica; en sus mejores momentos, es un «explicador» en la tradición de Mill y T. H. Huxley. De este modo, muchos aspectos de su razonamiento profesional son accesibles, en parte al menos, a quienes son ajenos a él. El esfuerzo por entender merece la pena, pues, si Chomsky está en lo cierto, nuestra percepción general del modo en que el hombre habita la realidad, de la manera en que se interrelacionan la mente y el mundo, se verá modificado o, dicho con más exactitud, se conectará con unos modos de sentir que no han tenido mucha influencia ni peso científico desde el siglo XVII y principios del XVIII.

La «revolución chomskiana» es anterior a Chomsky. En un mayor grado de lo que recientes discípulos están siempre dispuestos a reconocer, el trabajo preliminar se debe al maestro de Chomsky, el profesor Zelig Harris, de la Universidad de Pennsylvania. Harris es también un distinguido lingüista, y es en su *Methods in structural linguistics*, publicado en 1951, donde se presentan por primera vez ciertas ideas clave sobre los substratos y la transformación gramaticales. Las *Estructuras sintácticas* de Chomsky, que para muchos son la exposición clásica y más convincente de sus hipótesis, siguió a dicha obra seis años más tarde. Luego, en 1958, vino una importante ponencia, «A transformational approach to syntax», presentada en el III Congreso sobre problemas de análisis lingüístico en inglés, celebrado en Texas, y después el artículo «Some methodological remarks on Generative Grammar», publicado en la revista *Word* en 1961. En 1963, Chomsky colaboró con un capítulo rigurosamente técnico sobre «Formal properties of grammars» al volumen II del *Handbook of mathematical psychology*. Al año

siguiente, *Current issues in linguistic theory* marcó el dominante prestigio y amplia influencia del planteamiento chomskiano en su totalidad. *La lingüística cartesiana* (1966) es un homenaje, interesante pero en algunos aspectos deliberadamente anticuarrista, a los gramáticos y filósofos franceses a quienes Chomsky considera como sus verdaderos precursores. Su *Language and mind* (Harcourt, Brace & World) [*Lenguaje y entendimiento*] fue la materia de sus Conferencias Beckman, que dio en Berkeley en enero de 1967, y se publicó un año después. (En fecha más reciente, Harcourt ha sacado una edición en rústica.) Constituye al mismo tiempo un resumen de la lingüística generativa y un programa del trabajo futuro. En torno a este núcleo de escritos profesionales hay entrevistas explicativas y polémicas —notablemente con el filósofo inglés Stuart Hampshire, reeditadas por la BBC en *Listener* el 30 de mayo de 1968— y una serie de recientes conferencias pronunciadas en salas atestadas de Oxford, Londres y Cambridge.

El mejor sitio para empezar es el ataque de Chomsky al profesor B. F. Skinner, de Harvard. Nos cuenta Chomsky que la conferencia de Skinner puso en marcha su propia línea de pensamiento, y las ciencias conductistas, tal como las representa Skinner, son su blanco permanente. *Verbal behavior*, de Skinner, se publicó en 1957. El ataque de Chomsky, una extensa reseña en *Language*, salió pasados dos años, pero ya había estado circulando en manuscrito. Lo que Skinner había intentado, partiendo de su famosa obra sobre la conducta de estímulo y respuesta en los animales, era hacer una extrapolación a la conducta lingüística humana. Según parece, argumentaba que los seres humanos adquieren y usan el lenguaje de una manera mucho más sofisticada pero no esencialmente diferente de la manera en que se podía enseñar a ratas a recorrer un laberinto. Un entendimiento preciso y una teoría predictiva del habla humana supondrían, por tanto, poco más que perfeccionar las técnicas de estímulo, estímulo reforzado y respuesta condicionada que nos permiten enseñar a una rata a oprimir un determinado muelle para obtener su recompensa

de comida. De manera semejante, el niño aprendería las habilidades de lenguaje (lo que Chomsky denominaría «competencia») mediante algunos procesos de estímulo y respuesta dentro de un modelo plenamente comparable con el que había demostrado su eficacia –o por lo menos en parte– en la «enseñanza» de organismos inferiores. La matización es necesaria porque últimamente ha habido algunas dudas en cuanto a lo que las ratas de Skinner han «aprendido» en realidad.

A Chomsky, las propuestas de Skinner le resultaron escandalosas, tanto por las limitaciones que al parecer imponen sobre la complejidad y la libertad de la conciencia humana como por su ingenuidad metodológica. La supuesta aproximación científica de Skinner, dijo Chomsky, era una simple regresión a una desacreditada psicología mentalista. No podía ofrecer ninguna verdadera explicación de cómo los seres humanos, *que en este fundamental aspecto son diferentes de todas las demás formas de vida conocidas*, pueden adquirir y usar el instrumento del habla, infinitamente complejo, innovador y creativo a todos los niveles. Chomsky vio –y esto ha sido, según creo, su idea más perspicaz– que un modelo válido de conducta lingüística tiene que explicar el extraordinario hecho de que todos nosotros, perpetuamente y sin esfuerzo, usemos cadenas y combinaciones de palabras que nunca hemos oído con anterioridad, que nunca nos han enseñado concretamente y que, como es totalmente evidente, no surgen como respuesta condicionada a ningún estímulo identificable de nuestro entorno. Casi desde las etapas más tempranas de su vida lingüística, el niño será capaz de construir y de comprender un número fantástico de enunciados que son completamente nuevos para él pero que, de algún modo, sabe que son frases aceptables en su lengua. A la inversa, muestra rápidamente su instintivo rechazo (es decir, su incapacidad para entenderlos) de órdenes de palabras y colocaciones sintácticas que son inaceptables, aunque tal vez no se le haya advertido concretamente de ninguno de ellos. En todas las etapas, desde la primera infancia en adelante, el uso humano del lenguaje va mucho más allá de todo precedente

«enseñado» o formal, y mucho más allá de la agregación de la experiencia individualmente adquirida y almacenada. «Estas habilidades», dice Chomsky, «indican que tiene que haber unos procesos fundamentales que funcionen con total independencia de la “retroalimentación” del entorno». La dinámica de la comunicación humana surge desde dentro.

Es probable que estos procesos, observa Chomsky, sean de una enorme complejidad. Es muy posible que estén localizados en la zona intermedia entre lo «mental» y lo «físico», entre lo «psíquico» y lo «neuroquímico», una zona que nuestro actual vocabulario, con sus distinciones mente-cuerpo, toscas pero profundamente arraigadas, está insuficientemente preparado para manejar. El niño forma hipótesis y procesa información en una gran variedad de maneras, muy especiales y al parecer muy complejas, que todavía no podemos describir ni empezar a comprender, y que pueden ser en buena medida innatas, o acaso desarrollarse a través de algún tipo de aprendizaje o a través de la maduración del sistema nervioso. El cerebro produce «por medio de una “inducción” increíblemente compleja y repentina» las reglas de la gramática pertinente. De esta forma, reconocemos un nuevo ejemplo como una frase de nuestra lengua no porque, de un modo simple, se ajuste a algún ejemplo familiar, anteriormente enseñado, «sino porque es generado por la gramática que cada individuo ha interiorizado como sea y en alguna forma». El lenguaje humano, como Chomsky habría de reafirmar en 1967, es un fenómeno único, «sin analogía significativa en el mundo animal». No tiene sentido, contrariamente a lo que han pensado numerosos lingüistas y etnólogos, teorizar sobre una posible evolución a partir de unos modos de comunicación más primitivos, externamente condicionados, como las señales que según parece contienen los reclamos de los pájaros. El uso espontáneo e innovador del lenguaje define de uno u otro modo al hombre. Se diría que las personas son seres «especialmente diseñados» para generar reglas para la inmediata comprensión y construcción lingüísticas; es como si poseyeran «una capacidad, de

carácter y complejidad desconocidos, para el manejo de datos o para la "formulación de hipótesis".

El vocabulario del primer Chomsky merece un examen más detenido, sobre todo porque su fuerza subyacente se verá luego incrementada. «Diseño especial», «manejo de datos», sus posteriores referencias a la «preinstalación» clave del cerebro nos remiten a la imagen de un ordenador. Chomsky lo reiteraría, pero hay sólidos testimonios de que la idea, quizás en parte inconsciente, de un ordenador muy poderoso situado a gran profundidad en la estructura de la conciencia humana tiene relevancia para buena parte de su argumentación. En la historia de la filosofía y de las ciencias naturales, estas imágenes o metáforas enterradas desempeñan un considerable papel. Es dudoso que el avance más reciente en biología molecular hubiera tenido lugar cuando el código Morse era la imagen dominante de la comunicación rápida. Los usos de «código», «retroalimentación», «almacenamiento» e «información» en la genética actual apuntan a la presencia implícita de la tecnología informática y del procesamiento electrónico de datos. Lo mismo puede decirse de la lingüística chomskiana, y esto puede ser importante cuando se trata de determinar si es válida o no.

La interpretación que hace Chomsky de esas habilidades de «carácter y complejidad desconocidos» se realiza en dos planos. Uno, altamente técnico, consiste en un intento de idear y describir una serie de reglas que produzcan, o «generen», frases gramaticales en inglés o en cualquier otra lengua y que no produzcan frases agramaticales. El otro plano puede ser calificado, con la mayor justicia, de filosófico o epistemológico. Las opiniones de Chomsky sobre las gramáticas transformacionales llevan a ciertas inferencias sobre la naturaleza de la mente humana y sobre las relaciones entre el ser y la percepción. Salvo para fines de estudio, estos dos planos de argumentación no pueden en realidad mantenerse separados. Tampoco es posible hacerlo. La dificultad es que Chomsky, en ocasiones, argumenta como si lo fuera, y luego, en otros —y a menudo

decisivos— aspectos, sustenta sus hipótesis formales con inferencias que son filosóficas e introspectivas en el antiguo y lato sentido de la palabra. La lógica formal tiende a solaparse con unas corazonadas que resultan en ocasiones bastante nebulosas.

Alrededor del cambio de siglo, tanto las matemáticas como la lógica atravesaron una fase de riguroso autoexamen. Ambas trataron de establecer unos fundamentos formalmente coherentes e independientes para los procesos de razonamiento y cálculo que se habían desarrollado con enorme fuerza en los siglos anteriores, pero sobre una base un tanto *ad hoc*. Habían quedado extraordinarios agujeros y remiendos en los fundamentos de la prueba y el análisis lógicos y matemáticos. Entre los resultados de este reforzamiento, con el que asociamos a pensadores como Russell, Carnap, Tarski y Gödel, están la lógica combinatoria, la teoría de conjuntos y unas notaciones simbólicas de gran refinamiento. Estas herramientas fueron aplicadas a las proposiciones matemáticas y a estructuras formales del razonamiento lógico. Noam Chomsky se propuso aplicarlas al material del habla humana real, mucho más recalcitrante y variado. (Si en realidad lo ha hecho es uno de los difícilísimos problemas de la proeza chomskiana en su totalidad.) Solamente el análisis del habla corriente, insistía, podía conducirnos a un auténtico entendimiento de cómo se forma nuestro lenguaje.

Chomsky sostenía que todas las frases gramaticales posibles en inglés (o en cualquier otra lengua) podían derivarse, o «generarse», a partir de un pequeño número de frases básicas o «núcleo», más una serie de reglas de operación y transformación. Podemos imaginar estas reglas como algo hasta cierto punto comparable con las convenciones, sorprendentemente poco numerosas, de la suma, la resta, la sustitución y la equivalencia a partir de las cuales se puede construir la estructura, inmensamente múltiple y compleja, de la aritmética y el álgebra. Teniendo las reglas de manipulación correctas, se necesitan pocos componentes. Las reglas de la gramática chomskiana «transforman» ciertas configuraciones primarias, como el símbolo de

nombre seguido del símbolo de verbo, en configuraciones relacionadas con ellas, incluso las ecuaciones algebraicas producirán otras ecuaciones si se tienen en cuenta las reglas de sustitución adecuadas. Así, «John ama a Mary» es convertida por una regla transformacional que no sólo es específica sino que además, podemos suponer, tiene un poder muy completo y generalizador, en «Mary es amada por John». Esta transformación concreta, de activa a pasiva, permite a un hablante humano reconocer y manipular correctamente la cantidad, literalmente innumerable, de proposiciones organizadas y relacionadas de manera similar con que se encontrará a lo largo de su vida. El hecho de que las reglas para la transformación sean «correctas» garantiza que no se genere ninguna frase agramatical o arbitraria. Si no actuara ningún mecanismo como éste, cada situación verbal nueva —digamos, «corto el pan», «el pan es cortado por mí»— ofrecería dilemas irresolubles y requeriría un nuevo y específico acto de aprendizaje. Está claro que esto, insiste Chomsky, no es así.

Una frase generada de este modo tiene dos niveles diferentes, y es en virtud de esta dualidad como Chomsky considera que está relacionado con ciertos gramáticos y lógicos que trabajaban en Francia en la década de 1960 y después. «John ama a Mary» es la *estructura superficial* de la frase. Constituye el tipo de «señal física», o articulación fonética, a la que podemos aplicar perfectamente la sintaxis tradicional que aprendimos en el colegio: nombre, verbo, objeto y demás. Pero esta estructura superficial nos dice poco y evidentemente es distinta para cada lengua. «Mucho más abajo», por así decirlo, está la *estructura profunda*, a partir de la cual se ha generado nuestra expresión fonética y de la cual la frase hablada, audible, es en algunos aspectos una proyección o esquema.

¿Cómo es esta supuesta estructura profunda? Acerca de este punto, aun siendo crucial para su teoría del lenguaje en su totalidad, Chomsky se muestra esquivo y no siempre es coherente. Tal vez habría sido lo mejor, aunque en modo alguno satisfactorio, que hubiera dicho que no podemos describir

adecuadamente con palabras un sistema psíquico que de alguna forma opera antes del lenguaje o muy por debajo de él. En el sentido kantiano, tal vez haya una «última piel» de la conciencia y del yo, que no podemos describir porque no podemos salir fuera de ella. En lugar de ello, Chomsky nos ofrece sugerencias que a menudo son oscuras y tangenciales. La estructura profunda «puede que sea extremadamente abstracta». Puede que tenga una estrecha «correlación punto por punto con la realización fonética», o que no la tenga. Es decir, puede que los contornos visibles del paisaje imiten o sean paralelos a la dinámica y a los estratos geológicos subterráneos a partir de los cuales se ha configurado y producido, o puede que no lo sean. Lo que es peor, puede que el terreno visible sea totalmente engañoso. Las estructuras superficiales —las frases que en la práctica decimos y oímos— no son «como» los núcleos a partir de los que se generan mediante reglas transformacionales. La estructura profunda en la que, según Chomsky, se originan nuestro entendimiento y nuestro uso de todas las lenguas implica unas propiedades que poseen una generalidad, una abstracción y una capacidad formal hasta la fecha incomprendibles. Evidentemente, no debemos pensar que esos «núcleos» o unidades lingüísticas primarias son de naturaleza verbal o sintáctica en sentido habitual. Si interpreto correctamente las pistas que da Chomsky, de lo que se trata es de *relaciones*, de «preinstalaciones» enormemente simplificadas pero eficaces que relacionan el sujeto con el objeto, la persona con el verbo. Una vez más, me imagino, la imagen del ordenador, con su capacidad para transcribir el habla informática a un texto impreso en inglés o en cualquier otra lengua, participa en alguna fase vital pero quizá no reconocida de la argumentación de Chomsky.

Sea como fuere, lo que se ha demostrado es esto: la ilimitada variedad de frases que los seres humanos entienden y utilizan en cada ocasión de su vida puede obtenerse a partir de un conjunto limitado de elementos formales y de un corpus de reglas, asimismo podemos suponer que limitadas, para la

manipulación y reordenación de esos elementos. Haber demostrado esto —y creo que Chomsky lo ha hecho— es ya de por sí una proeza de gran fuerza y elegancia lógicas. Sustantiva e históricamente, la sugerencia ejemplar procede de las matemáticas y de la lógica matemática. En el sistema binario de notación, por ejemplo, dos símbolos, 0 y 1, junto con un corpus de reglas acerca de cómo deben ser combinados y «leídos», bastan para operar con cualquier número o grupo de números del universo. La lógica se esfuerza por lograr una economía y un rigor comparables en la base. La esperanza de Chomsky de que el lenguaje humano puede ser esquematizado de una manera similar es comprensible e intelectualmente apasionante. Pero hay algo más. Chomsky no está proponiendo un modelo matemático, una *hipótesis*, como los científicos renacentistas denominaban todas las proposiciones formales a las que no atribuían necesariamente una verdad material. Chomsky centra su atención en el hecho humano. Sostiene que solamente un esquema como el suyo, de generación y transformación a partir de estructuras profundas, puede explicar la manera en que el *Homo sapiens* en realidad adquiere el lenguaje y se comunica. Resume esta opinión en la primera de sus Conferencias John Locke, pronunciadas en Oxford el pasado abril:

Una persona que conoce una lengua ha dominado una serie de reglas y principios que determinan un conjunto infinito y diferenciado de frases, cada una de las cuales tiene una forma fija y un significado o potencial de significado fijo. Hasta en los niveles más bajos de inteligencia, el uso característico de este conocimiento es libre y creativo (...) en el sentido de que uno puede interpretar instantáneamente una variedad indefinidamente grande de enunciados, sin tener ninguna sensación de extrañeza o falta de familiaridad.

El postulado de que el lenguaje es privativo del hombre (con el cual estoy totalmente de acuerdo) y el correlativo concepto de las *estructuras profundas* tienen amplias consecuencias

filosóficas. Recientemente, Chomsky ha estado más dispuesto que antes a examinar dichas consecuencias y a salir de los límites del análisis lingüístico formal. La cuestión clave es la naturaleza y ubicación de estas estructuras profundas y del proceso a través del cual los seres humanos han llegado a tener esa singular capacidad para articular el significado y expresar conceptos imaginarios. En su ataque a Skinner, Chomsky hizo hincapié en que todo ello «se desconocía por completo» y admitió que tal vez fuera resultado de alguna forma de aprendizaje o de una gradual maduración del sistema nervioso. Pero mientras sus hipótesis han ganado en confianza y en prestigio, Chomsky ha venido a adoptar lo que él mismo llama una postura cartesiana pero que, con más exactitud, podría describirse como un desarrollo de las teorías kantianas de la percepción.

Lo que deduce Chomsky es que hay ideas innatas o programas innatos para toda potencial experiencia y esquema de experiencia. La existencia de una «estructura mental innata» le parece indispensable para la generación del lenguaje. El «esquema de una gramática universal», merced al cual todas las personas pueden operar en su propia lengua y razonablemente adquirir otra, ha de ser asignado «a la mente como un carácter innato». El conocimiento de la lengua solamente puede ser adquirido «por un organismo que esté “preinstalado”». Únicamente el hombre está equipado o programado de esta manera enormemente específica y sin embargo creativa. Puesto que todas las personas están organizadas así, existe entre ellas el vínculo de la gramática universal y la concomitante posibilidad de traducción de una lengua cualquiera a todas las demás. Se infiere asimismo que ninguna especie orgánica inferior será capaz de dominar ni siquiera unas formas rudimentarias de lenguaje (lo cual es muy diferente de decir que se puede enseñar a ciertos animales a imitar sonidos del habla humana). Como observa Chomsky, estudios recientes de la visión animal hacen pensar que diversas especies ven el ángulo, el movimiento y otras propiedades complejas del mundo físico con arreglo a la manera específica en que su sistema nervioso

está modelado o «conectado». Estos modelos son innatos, y son inalterables excepto por medio de lesión artificial. Exactamente del mismo modo, el hombre se comunica la realidad a sí mismo y la comunica a los demás en formas lingüísticas porque, singularmente, han sido impresas en él la capacidad y la necesidad de hacerlo así.

Volvemos ahora a Kant y a las estructuras mentales *a priori* o categorías del espacio, el tiempo y la identidad a través de las cuales el hombre se interrelaciona con el mundo «exterior» y que rigen tanto la libertad como los límites conceptuales de esa interacción. Volvemos asimismo a las doctrinas de los grandes gramáticos de Port Royal, en la segunda mitad del siglo XVII, en referencia a la gramática universal de la que todas las lenguas humanas derivan en última instancia sus formas locales.

¿Hasta qué punto podemos investigar esas estructuras profundas e «instalaciones» de conciencia? ¿Qué tipo de pruebas estamos buscando? Nuevamente, Chomsky es esquivo y se inclina a presentar modestos desistimientos: «De hecho, los procesos por los cuales la mente humana alcanzó su actual estadio de complejidad y su particular forma de organización innata son un completo misterio, como también lo son las cuestiones análogas acerca de las organizaciones físicas o mentales de cualquier otro organismo complejo». Puesto que Chomsky acaba de basarse, y con sagacidad, en los resultados positivos que se están obteniendo en el estudio de la percepción animal, esta enmienda a la frase es rara. Además, en otros lugares es menos circunspecto. Los universales lingüísticos, dice Chomsky a Stuart Hampshire, son sin duda «una propiedad biológica de la mente humana». Añade, en una jugada que sorprendentemente recuerda las de Freud cuando aguardaba la confirmación neurofisiológica de su modelo del subconsciente (confirmación que jamás se produjo), que habrá «algún día, con toda seguridad, una explicación fisiológica de los procesos mentales que estamos descubriendo ahora».

¿Significa esta afirmación, hecha con tanta seguridad, que la lingüística generativa está entregada al materialismo, a una

visión de la conciencia como pura y simplemente bioquímica? Algunos de sus partidarios parecen creerlo así. La formulación del propio Chomsky es más sutil. Señala, con razón, que los límites entre «lo mental» y «lo físico» están cambiando continuamente. Numerosos fenómenos que antaño se consideraban totalmente espirituales y fuera del alcance del estudio empírico se han hecho ahora comprensibles en un sentido fisiológico y experimental. Está empezando a haber una química de la esquizofrenia y una bioquímica de los sueños al igual que hay, desde hace algún tiempo, una fisiología de la digestión o de la procreación. Debemos hacer que nuestras categorías descriptivas sigan siendo abiertas y negociables para poder extender el conocimiento. «Lo que está en juego», dice, «es sólo si los procesos fisiológicos y los procesos físicos que ahora entendemos son ya lo bastante ricos en principio —y tal vez de hecho— para abarcar los fenómenos mentales que están empezando a emerger» (de nuevo, la formulación podría ser de Freud). El trabajo realizado en los últimos quince años en relación con el código genético y con la neuroquímica del impulso nervioso han contribuido en gran medida a indicar lo increíblemente complicadas y creativas que son las energías que actúan en los procesos moleculares orgánicos. Es posible —Chomsky dice que es seguro— que el desarrollo de dicho trabajo conduzca a un entendimiento de la «anatomía» de las estructuras profundas innatas y de la generación lingüística.

De una forma evidentemente simplificada y abreviada, éstas son las teorías que el profesor Chomsky ha expuesto en el transcurso de los últimos doce años. Nadie, desde el gran lingüista franco-suizo Saussure en los primeros años del siglo y desde I. A. Richards en la década de 1930, ha ejercido una influencia mayor en el estudio del lenguaje ni ha hecho más para indicar que la lingüística es, en efecto, una disciplina esencial para entender la mente y la conducta. Pero esto no significa que las opiniones de Chomsky hayan sido universalmente aceptadas. Han sido severamente puestas en tela de juicio por

otros lingüistas, y ahora hay indicios de que la ola chomskiana tal vez esté retrocediendo. Que dicho retroceso pueda tener lugar en un momento en el que las ideas de Chomsky están teniendo su eco público y «periodístico» más amplio sería una coincidencia habitual en la historia de la ciencia y de las ideas.

Buena parte de la controversia que hay dentro de la profesión es de una naturaleza extremadamente técnica. Tiene que ver con unas diferencias de planteamiento con respecto a la lógica combinatoria, a la psicología matemática y a la semántica que son escasamente accesibles al lego. Sin embargo, hay varias dudas notables que pueden resolverse. Las expone con gran agudeza el profesor Charles F. Hockett, de Cornell, en *The state of the art* (Mouton, 1968). Hockett rechaza en su totalidad el modelo chomskiano de la generación de frases gramaticales a partir de conjuntos y de reglas ocultos y finitos. La imagen que presenta Chomsky del lenguaje, dice Hockett, es absurdamente superabstracta; es una ficción modelada no sobre el habla humana real sino sobre proposiciones artificiales y tautologías de lógica formal. La manera en que Hockett expresa este decisivo aspecto es arduo pero inconfundible: una lingüística matemática en la línea de Chomsky es un absurdo porque el habla humana no es «un subconjunto bien definido dentro del conjunto de todas las cadenas finitas por medio de un alfabeto bien definido». En palabras más sencillas: cuando aludimos al habla humana no nos estamos refiriendo a un sistema cerrado, rigurosamente definible, la totalidad de cuyas variantes es posible obtener a partir de un solo conjunto o grupo de elementos invariables; no nos hallamos ante la tabla periódica de los elementos químicos, cuyas estructuras y pesos atómicos pueden ser reducidos a combinaciones de ciertas unidades primarias, estrictamente definidas. La gramática transformacional de Chomsky no explica la vital y fascinante capacidad de los hablantes humanos no sólo para saber cómo encadenar palabras para formar una frase, sino también para saber dónde y cuándo pararse. Ésta es una de las cuestiones, aparentemente obvias pero profundas, de las que puede depender el que una

teoría del lenguaje resulte convincente. Permítanme decirlo de la manera más clara que pueda. «Uno más uno es igual a dos» es una frase completamente aceptable. «Uno más uno más uno es igual a tres» ya es un tanto torpe y casi exige un contexto didáctico o especial. «Uno más uno más uno más uno es igual a cuatro» es insoportable, y también lo serán nuevas frases construidas sobre el mismo modelo. Sin embargo, formalmente todas estas frases son transformaciones de la primera, podemos suponer que en virtud de la «regla de adición» de algún modo establecida en el paso de la estructura profunda a la superficial. Con arreglo a la teoría de Chomsky, *gramaticalmente* no hay nada malo en una cadena de «unos» conectada por «y» o «más», o, como ha señalado el profesor Victor Yngve, de la Universidad de Chicago, en otras frases más complejas que resultan incomprensibles. No obstante sabemos, y lo sabemos en un momento temprano y muy preciso, que ya no estamos hablando una lengua aceptable, que como mucho estamos imitando un lenguaje informático. ¿Qué es lo que nos proporciona este conocimiento claro pero extraordinariamente sutil, quizá «musical»?

No hay ninguna prueba genuina, argumenta Hockett, de que exista algo que se asemeje a las estructuras profundas que propugna Chomsky. Por el contrario, existen muchas de que diferentes lenguas tratan el mundo de muy diferentes maneras y de que todas las lenguas tienen en sí unas «fuentes de apertura» que Chomsky ignora. Su error fundamental, insiste Hockett, es la creencia de que se puede separar el estudio de la semántica del estudio de la gramática y el léxico reales de la lengua o familia de lenguas en cuestión. Por medio de una paciente comparación de lenguas tal como se hablan en realidad y de una cuidadosa inducción, podemos llegar a descubrir «generalizaciones transversales en las lenguas». La obra *Los universales del lenguaje*, de Joseph H. Greenberg, publicada en 1962, y los análisis comparativos de lenguas indias americanas del sudoeste que se están llevando a cabo actualmente son pasos en la dirección adecuada. Es posible que los rasgos o hábitos lingüísticos

comunes, empíricamente localizados y verificados, que emergen de este tipo de estudios etnolingüísticos no tengan nada que ver con unas estructuras profundas universales. Una gramática universal en el sentido en que la entiende Chomsky es, según Hockett, una quimera. No son unas oraciones nucleares universales y unas reglas transformacionales, sino un contexto múltiple de historia política y sensibilidad social concretas lo que hace que para la expresión «presentarse para un cargo» se utilice el verbo «*to stand*» [«estar»] en inglés de Inglaterra y «*to run*» [«correr»] en inglés americano.

La acusación de Hockett de que Chomsky excluye el genio espontáneo y modificador del habla real tiene que ver con un desacuerdo filosófico más amplio. Lo expone bien el doctor Yorick Wilks en una reciente reseña de *Lenguaje y entendimiento*. El doctor Wilks, vale la pena mencionarlo, fue miembro de la Cambridge Language Research Unit, un grupo cuya aproximación filosófica a la lingüística es quizá más inquisitiva que la de Chomsky y cuyo «método de tesoro» intenta ocuparse de unidades de discurso más complejas y realistas que las habitualmente citadas en la gramática generativa. Wilks sugiere que, a pesar de toda su acritud y convicción, la querrela de Chomsky y Skinner es completamente espuria. No es una disputa entre un modelo mecanicista y una visión libre o idealista de la producción del habla humana, sino «entre dos teorías mecanicistas mutuamente exclusivas: la de Skinner es la simple y la de Chomsky la más complicada». En los términos que he venido utilizando, sería una querrela entre un modelo basado en una anticuada máquina de sumar y otro fundamentado en una supercomputadora. Wilks argumenta después, en una crítica sutil y mordaz, que la clase de esquema mecanicista concebido por los conductistas produciría, si se perfecciona lo suficiente, los tipos de frases básicas y transformaciones planteados por la gramática chomskiana. Es decir —y es una sagaz observación—, la imagen del lenguaje postulada por Chomsky no depende necesaria o únicamente de la teoría de la generación a partir

de unas estructuras profundas. Las reglas gramaticales que se denominaron de «estado finito» y «estructura de frase» podían realizar esa función: «Si entrara alguien y viera las dos máquinas resoplando, no podría decir que habían sido programadas con reglas totalmente distintas».

¿Qué esperanzas podemos tener de mirar «dentro de la máquina» (una imagen tan cartesiana como chomskiana)? Bien pudiera ser que las «estructuras innatas» de Chomsky, dice el doctor Wilks, representen una «retirada respecto de los hechos», una negativa a someter su diseño formal a cualquier posibilidad de investigación experimental. ¿Qué expectativas podemos tener de averiguar *lo que* es innato a la mente? «No podemos mirar; la conducta externa no sirve en absoluto de guía, y, por supuesto, no ayuda en nada preguntar lo que piensan las personas.» En vista de esta impenetrabilidad de las «preinstalaciones innatas», es muy extraño, indica Wilks, pasar de unas categorías de descripción gramatical que quizá son «naturales» y «profundas» en las lenguas occidentales a la aseveración de que hay unos modelos mentales universales que subyacen a todas las lenguas. Según parece, el chino clásico (¿y qué otras pruebas tenemos?) no tiene ninguna necesidad de nuestra estructura nombre-y-verbo. Entonces ¿cómo podemos asignarle unas propiedades gramaticales innatas visiblemente modeladas sobre nuestros propios hábitos sintácticos? Puede ser que Chomsky, casi sin darse cuenta, tienda a una doctrina mecanicista suya propia, todavía más perturbadora porque sería cultural y formalmente determinista. Aunque Wilks no lo señala, el humanismo radical de la política de Chomsky haría que semejante postura fuese profundamente irónica.

Lo que dice el doctor Wilks sobre el chino guarda una relación directa con mis principales dificultades por lo que concierne a la teoría chomskiana del lenguaje. En nuestro atestado planeta se usan actualmente unas cuatro mil lenguas. Hay numerosos territorios en África, Asia y América Latina (por no mencionar rincones de Suiza) que están divididos entre lenguas distintas cuyos hablantes no se entienden entre ellos, si

bien hay una gran uniformidad en esos territorios en cuanto a clima, modo de vida y necesidades económicas. Estas cuatro mil lenguas, además, son casi con toda seguridad los vestigios de un número aún mayor. Cada año, alguna de las llamadas lenguas raras desaparece del uso activo y del recuerdo de los informantes de avanzada edad o aislados. Esta proliferación del lenguaje humano es un hecho enormemente apasionante pero también escandaloso. Pocos lingüistas desde Wilhelm von Humboldt, en los primeros decenios del siglo XX, han reflexionado lo suficiente acerca de sus enigmáticas implicaciones. Hoy, las divisiones profesionales entre la lingüística formal, matemática (si la hay en realidad), por una parte, y el estudio comparativo y antropológico de las lenguas existentes, por otra, han hecho aún más confusa la cuestión. Por lo que a mí respecta, no puedo considerar intelectualmente satisfactorio ni ajustado a la verdad ningún modelo o fórmula de la conducta verbal humana que no explique de uno u otro modo esta increíble multiplicidad. ¿Por qué hay cuatro mil o más lenguas? ¿Por qué, a causa de un factor entre mil, hay más lenguas que, pongamos, razas humanas o grupos sanguíneos? No sirve ninguna analogía darwiniana de la variación por selección y adaptación naturales. La inmensa variedad de la fauna y la flora representa un prodigio de ajuste específico a las condiciones locales y a los requerimientos de la supervivencia competitiva. Puede decirse lo contrario de la proliferación de lenguas vecinas. Esa proliferación ha sido una de las más evidentes e insolubles barreras a la colaboración y al progreso económico humanos. Ha dejado grandes extensiones habitadas por seres humanos interiormente divididas y en buena medida aisladas de la historia. Muchas culturas que han llegado al estancamiento o a la destrucción fueron tal vez unas marginadas lingüísticas, lo que no equivale a decir que tengamos ninguna prueba firme de que una lengua sea más apropiada que otra para la realización de logros individuales o sociales. No sabemos de ningún pueblo que no tenga en su mitología alguna variante del relato de la Torre de Babel. Esto es un testimonio

elocuente de la perplejidad del hombre ante la multiplicidad de las lenguas, que ha levantado entre ellos constantes muros de aparente galimatías y de silencio. La traducción no es una victoria sino una perpetua y a menudo desconcertante necesidad.

A mi juicio, la tarea principal de la lingüística, en colaboración con la antropología y la etnografía, es ahora centrarse claramente en la situación de las lenguas existentes. (Ni siquiera tenemos todavía un atlas lingüístico verdaderamente exhaustivo.) Debemos aprender a formular las preguntas correctas acerca del fenómeno, profundamente desconcertante, de la diversidad lingüística. Hay pistas. Pero no creo que apunten en la dirección de Chomsky.

El importantísimo tema de la proliferación de las lenguas apenas aparece en la teoría de la gramática generativa y transformacional. Hay una críptica observación cerca del final de *Lenguaje y entendimiento*: «El estudio empírico de los universales lingüísticos ha llevado a la formulación de hipótesis muy restrictivas y, según creo, enteramente plausibles acerca de la posible variedad de las lenguas humanas». Antes que nada, es discutible que sea así. La investigación preliminar de lo que algunos lingüistas aceptan provisionalmente que son los universales sintácticos se ha limitado hasta ahora a sólo unas pocas lenguas, y los resultados obtenidos han estado en un nivel casi intangible de generalidad (por ejemplo, «en todas las lenguas conocidas hay verbos o partes del discurso que indican la acción»). Pero supongamos que el tipo de estudio empírico que Greenberg, Hockett y otros están realizando produzca en efecto unas «generalizaciones transversales entre las lenguas» que sean verificables. No necesariamente apoyarían la teoría chomskiana de una gramática universal y unas estructuras profundas innatas. Esta cuestión es crucial y hay que exponerla con detenimiento.

Chomsky propugna unas «preinstalaciones innatas» profundamente incrustadas o impresas en la mente humana. Dichas preinstalaciones «son sin duda, simplemente, una propiedad biológica de la mente humana». Ahora bien, *podrían* llevar

a la producción, mediante reglas transformacionales, de miles de lenguas humanas. Podrían, pero no hay en absoluto ninguna razón obvia para que lo hagan. Por el contrario: dado un esquema de oraciones nucleares y reglas funcionales, complejas pero desde luego finitas, lo que esperaríamos es que se generara un número muy restringido, claramente interrelacionado, de lenguas humanas. Lo que *deberíamos* encontrar, si la teoría chomskiana de los universales biológicos innatos es cierta, es el orden de diversidad que muestran la pigmentación y la estructura ósea humanas. El grado de variedad que hay aquí es totalmente distinto, tanto cualitativa como cuantitativamente, del que encontramos en el lenguaje. Permítanme que vaya más lejos: la lingüística de Noam Chomsky *podría* explicar, y podría hacerlo con magnífica economía y gran profundidad, un mundo en el que todas las personas hablaran una única lengua, diversificada como mucho por un moderado abanico de dialectos. El hecho de que la gramática generativa y transformacional concordase espléndidamente con ese resultado, de que ese resultado fuese de algún modo natural y obvio dentro de los postulados de Chomsky, me parece que proyecta serias dudas sobre el modelo en su totalidad. Como los grandes místicos del lenguaje, que van desde Nicolás de Cusa hasta Jakob Böhme, Chomsky da muchas veces la impresión de evocar la radiante ficción de aquella única lengua que hablaban Adán y sus hijos pero que se perdió para siempre y quedó pulverizada en Babel. En resumen, algunos rasgos clave de la revolución lingüística chomskiana parecen ir a contrapelo de la situación en la que se encuentran realmente las lenguas de la raza humana y en la que han estado, hasta donde pueden remontarse, la historia y la conjetura.

Las controversias iniciadas por la polémica del propio Chomsky contra el conductismo están solamente en su primera fase. Es posible que los argumentos esgrimidos contra la gramática universal hallen respuesta y que la noción de las estructuras profundas obtenga un mayor apoyo filosófico o fisiológico. Recientemente se ha afirmado que los niños de edades

entre los dieciocho meses y los dos años formulan frases de una manera que pone de manifiesto unas estructuras profundas a las que todavía no se ha superpuesto ninguna lengua concreta. Notablemente, se ha afirmado que hay analogías chomskianas en la manera en la que los niños rusos y japoneses adquieren sus respectivas lenguas. Yo tengo mis dudas. Pero, evidentemente, el tiempo y la investigación lo dirán. Una cosa está clara: Chomsky es un pensador estimulante, poseído, como antes que él lo estuvo Spinoza, por una apasionada ansia de unidad, de una lógica y una explicación completas. Hay una poderosa vena de monismo en el deseo de Chomsky de llegar a la raíz de las cosas, ya sean políticas o lingüísticas. Pero pudiera suceder, por insinuar una cautelosa perogrullada, que ni la política ni el lenguaje sean totalmente así. La sinrazón y el obstinado desorden de los hechos concretos se resisten tal vez a las afirmaciones de la justicia política o de la lógica formal. Es parte de la talla de la obra de Chomsky que las cuestiones que suscitan desacuerdo sean esenciales. A mí, el ser humano me parece un animal más raro, más variado de como Chomsky hubiera querido que fuese. Y la torre de Nimrod sigue derrumbada.

15 de noviembre de 1969